

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA POSREVOLUCIÓN EN CAMPECHE (1921-1929)

Ángel Omar May González

historia
política



Instituto

Mora

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	11
Antecedentes. Del maderismo al fin del constitucionalismo	33
Los primeros cambios revolucionarios	33
Consolidación y caída del constitucionalismo	44
La formación del grupo socialista y la lucha por la supremacía política	56
La creación del Partido Socialista Agrario de Campeche	56
Lo que se pensaba como socialismo	65
El primer éxito socialista en las urnas	76
La pugna por el liderazgo político en el interior del PSAC	87
El gobierno de Ramón Félix Flores en Campeche, 1921-1923	99
Las ligas de resistencia. Bases de poder del “hombre fuerte”	99
El control del comercio del henequén	104
El reparto agrario	108
El Carmen como centro de conflictos para el gobierno socialista	115
Las relaciones del gobierno socialista con el país y Yucatán	130
1923. La confrontación regional y la rebelión delahuertista	141
En búsqueda del candidato indicado	141
Los primeros instantes del gobierno de Ángel Castillo Lanz	149

Discontinuidad del socialismo: la rebelión delahuertista	156
El reacomodo de fuerzas después del triunfo	169
La crisis del socialismo en Campeche	178
La elección presidencial de Plutarco Elías Calles	178
La rivalidad entre Ángel Castillo Lanz y Ramón Félix Flores	183
La creación del Partido Socialista Campechano del Sureste y su enfrentamiento con el gobierno local	205
La política económica y social de Ángel Castillo Lanz	213
La construcción de las bases de poder: las ligas de resistencia	213
Las relaciones con el centro del país y con Yucatán	222
La suma al proyecto nacional callista	227
La sucesión gubernamental y “el régimen de instituciones”	253
La transición de 1927: Silvestre Pavón Silva	253
La consolidación del “hombre fuerte” y la adhesión al PNR	268
Consideraciones finales	294
Anexo biográfico	302
Fuentes consultadas	313

INTRODUCCIÓN

El estallido de la revolución mexicana de 1910 tuvo como resultado la dispersión de las fuerzas políticas y militares existentes en el país, ocasionando la destrucción del Estado porfirista y permitiendo, al mismo tiempo, el surgimiento de poderes locales y regionales que desafiaron continuamente al ejecutivo federal en turno después de 1911. De ahí, en parte, se puede explicar la inestabilidad de las presidencias de la segunda década del siglo XX, como las de Francisco I. Madero,¹ Victoriano Huerta y Venustiano Carranza, el jefe de los constitucionalistas. En este último caso, el desarrollo de los combates revolucionarios había provocado el surgimiento de nuevos poderíos –fundamentalmente militares– que, debido a sus éxitos en el campo de batalla, lograron hacerse de una enorme popularidad entre amplios grupos poblacionales, contribuyendo a la fragmentación del país o a la imposibilidad de crear un gobierno fuerte. Como ejemplo de lo anterior, se puede hacer mención de la importancia política y militar de figuras como Salvador Alvarado, Francisco Villa y Álvaro Obregón.

El poder de dichos líderes era de tal magnitud que, al momento de unirse varios de ellos, lograron derribar el gobierno del ex gobernador de Coahuila cuando este se decidió apoyar a Ignacio Bonillas como su sucesor en la primera magistratura del país. Este último era un civil prácticamente

¹ Uno de los aspectos que originaron la fragilidad política de Madero fue la lentitud en aplicar las reformas sociales pactadas con sus aliados, como fue el caso de la propiedad de las tierras que era exigida por los zapaústas, o el hecho de que en el Congreso de la Unión había una polarización de partidos que, al representar diversos intereses, no permitieron una dirección razonable del gobierno maderista. Véanse González, “Maderismo”, 1987, pp. 5-27, y Blanco, “Francisco”, 1995, pp. 7-18.

desconocido entre los altos mandos revolucionarios en comparación con la más popular de las personalidades militares mexicanas: Obregón.

Este descontento se plasmó en el Plan de Agua Prieta, acuerdo que dio origen al movimiento liderado por el grupo de los sonorenses, que terminó con la vida de Carranza y llevó a la presidencia interina a Adolfo de la Huerta. Este último intentó por diversos medios pacificar al país, pugnó por lograr el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos y construyó un escenario ideal para la llegada del caudillo sonorense a Palacio Nacional en 1920. Sin embargo, los políticos-militares de Sonora no lograron unificar completamente a México durante su hegemonía. El gobierno nacional federal todavía era relativamente débil, por lo que se vio obligado a tolerar alianzas y respetar los intereses regionales de caciques, caudillos o jefes militares para poder sostenerse en el poder. La solidez del Estado mexicano aún estaba lejos de ser una realidad y debería esperar más de una década para consolidarse y empezar un verdadero proyecto económico, político y social que abarcara a la totalidad de los mexicanos.

De este modo, a lo largo de la tercera década del siglo XX la estabilidad del régimen posrevolucionario fue puesta en entredicho de manera constante. Hubo resistencias desde varios estados y levantamientos militares que desconocieron las decisiones que el grupo sonorense tomaba en relación con la política interna del país y, sobre todo, con la sucesión presidencial. Cada periodo de transición de un presidente a otro era la etapa más delicada que la federación experimentaba en aquellos años.

Es en estas condiciones que estallaron la rebelión del mismo De la Huerta en 1923, la guerra cristera de 1926 a 1929, los levantamientos de Francisco Serrano y Arnulfo Gómez, en 1928, y el de José Gonzalo Escobar en 1929.² Esta fragilidad gubernamental es lo que ha impulsado a algunos investigadores, como Romana Falcón y Thomas Benjamin, a cuestionar la historia hegemónica y totalizadora predominante durante años en la historia académica mexicana y, en cambio, optar por una mirada regional al proceso de construcción del Estado en México durante y después de la etapa armada de la revolución.

² Todavía en pleno periodo de Lázaro Cárdenas estalló la rebelión de Saturnino Cedillo que, apoyada por agraristas, aún mantenía la idea de la oposición del cacique militar al poder del presidente de la república. Incluso dentro de la llamada segunda guerra cristera, de 1934 a 1938, existió un trasfondo político de ciertos caciques pueblerinos, quienes temían perder sus privilegios ante un mayor control por parte del centro, y bajo el pretexto de defender la religión católica apoyaron a los rebeldes. Para profundizar en este punto, léase Guerra, "Fuego", 2005, pp. 513-575.

Estos especialistas han fijado su atención en el poder regional de distintos caudillos, caciques y jefes políticos, militares o civiles que opusieron resistencia a la dinámica centralista del grupo hegemónico sonoreño y que, además, diseñaron una política propia con el objetivo de fortalecer su coto de poder a través del control de las masas populares organizadas dentro de partidos políticos, sindicatos o agrupaciones agrarias en casi todas las entidades del país.

La propuesta regionalista sugiere que durante las décadas de los años veinte y treinta el país atravesó por un proceso de centralización impulsado desde la ciudad de México, que enfrentó la oposición de dirigentes locales que contaban con amplias bases campesinas u obreras. De esta manera, Thomas Benjamin ha sostenido la tesis de que “los años veinte constituyeron el periodo de transición, caracterizado por conflictos entre los caudillos regionales y presidentes centralistas como Obregón y Calles, quienes si bien encabezaron ciertas incursiones, tuvieron que valerse de estratagemas para mantener el control”.³

Los presidentes sonoreños enfrentaron y toleraron el surgimiento de movimientos regionales que aplicaron una forma propia de organizarse y gobernarse, lo que resultó en que los gobiernos estatales se resistieran a ser manipulados abiertamente desde la capital del país, como en los años de auge de la dictadura porfirista. No obstante, y paradójicamente, dichos mandatarios no pudieron fortalecerse sin contar con el apoyo directo de muchos de estos líderes radicales o reformistas estatales y, mucho menos, eliminarlos tan fácilmente.

De hecho, cuando decidieron terminar con el poder de estos, por irónico que fuera, permitieron el ascenso de otros líderes o dirigentes políticos que garantizaran su respaldo al gobierno presidencial. A esta conclusión llega también Heather Fowler Salamini, quien subraya que la fragilidad administrativa del ejecutivo federal había dado origen a un “populismo encabezado por civiles” que tuvo la habilidad de utilizar la reforma social como herramienta para crear bases de poder local (ligas, partidos o confederaciones) que les otorgó una relativa autonomía organizativa respecto a la fuerza centrípeta de la figura presidencial.

Luego entonces, la rebelión de Agua Prieta y la llegada del gran caudillo a la primera magistratura del país derivaron en un periodo de la historia mexicana durante el cual el mandato del presidente era cauteloso en

³ Benjamin y Wasserman, *Historia*, 1996, p. 23.